

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

**Proceso de construcción y modernización del
Estado en los territorios del Wallmapu: Una
conversación con el Dr. Jorge Pinto Rodríguez¹**

*Process of construction and modernization of the State in the territories of the Wallmapu:
A conversation with Dr. Jorge Pinto Rodríguez*

JUAN CARLOS ARELLANO

MARÍA TERESA DOUZET

LUIS VIVERO ARRIAGADA

Universidad Católica de Temuco, Chile

RESUMEN Se presenta a continuación una entrevista con el Dr. Jorge Pinto Rodríguez quien, con una larga trayectoria en docencia universitaria y en investigación, destaca por sus grandes aportes en historia regional, en particular de nuestra región de La Araucanía, del Wallmapu. *La formación del Estado y la Nación, y el Pueblo Mapuche*. De la inclusión a la exclusión es un texto obligado para comprender la compleja y difícil historia forjada en estos territorios entre quienes ya estaban y quienes llegaron después, entre tradiciones ancestrales e instituciones modernas como el Estado. Precisamente, la conceptualización, la historia y la actualidad del Estado en Chile y en nuestra región, en un contexto inédito de redacción de una nueva Constitución, nos convoca a esta entrevista en “Tres tiempos”.



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

1. La entrevista al Dr. Jorge Pinto Rodríguez fue realizada el 21 de octubre de 2021 por los investigadores del Observatorio de Dinámicas del Sur, línea Estado y política en la sociedad contemporánea, compuesta en la actualidad por Blaise Pantel, Magaly Cabrolié, Luis Vivero, Marco Bustos, Marcia Huentulle y Gerardo Mansilla.

PALABRAS CLAVE Estado; política; modernización; Wallmapu; Proceso Constituyente.

ABSTRACT This is an interview with Dr. Jorge Pinto Rodríguez who has had a long career in university teaching and research. He stands out for his great contributions to regional history, in particular to our region of La Araucanía, Wallmapu. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche: de la inclusión a la exclusión* [The formation of the State and the nation, and the Mapuche people: from inclusion to exclusion] is a required text to understand the complex and difficult history forged in these territories between those who were already there and those who arrived later; between ancestral traditions and modern institutions such as the State. Precisely, the conceptualization, history and current situation of the State in Chile and in our region, in an unprecedented context of drafting a new Constitution, invite us to this interview in "Three times".

KEY WORDS State; politics; modernization; Wallmapu; Constituent Process.

Introducción

El Dr. Jorge Pinto Rodríguez es profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica por la Universidad de Chile y doctor en Filosofía por la Universidad de Southampton. Recibe el Premio Nacional de Historia en el año 2012 y actualmente se desempeña como Director del Instituto Avanzado para el Diálogo de Saberes y Transformación Intercultural *Ta Iñ Pewam* de la Universidad Católica de Temuco. Se ha destacado por sus distintos trabajos en los que expone los vínculos históricos entre el pueblo mapuche y el Estado chileno; la historiografía regional donde aborda el espacio fronterizo, los efectos de la presencia del Estado en la región y la economía del siglo XX.

Exhibe una extensa productividad científica plasmadas en más de cien publicaciones, entre libros, artículos, prólogos y reseñas. Es integrante de sociedades científicas de Argentina, Estados Unidos, Inglaterra y Chile, las cuales están relacionadas al ámbito de la Historia Económica y Latinoamericana. Algunos de sus libros son *Misioneros en la Araucanía 1600-1900: Un capítulo de historia fronteriza en Chile* (1990); *La formación del Estado y la Nación, y el Pueblo Mapuche. De la inclusión a la exclusión* (2000); *La población de La Araucanía en el siglo XX. Crecimiento y distribución espacial* (2009); Su libro más reciente sobre el conflicto chileno-Mapuche es *La Araucanía: Cinco siglos de historia y conflictos no resueltos* (2021) donde en base a su experiencia como docente e investigador gesta un análisis político de lo que acontece en el territorio de La Araucanía, abordando la condición multicausal de las tensiones que configuran el actual conflicto territorial, aportando con esta obra a una mejor

comprensión sobre lo sucedido en La Araucanía, a partir de una amplia perspectiva temporal para gestar nuevas posibilidades de diálogo que generen alternativas de futuro.

Existen diversas corrientes de pensamiento en torno al concepto de Estado, y se van moldeando a medida que éste va sufriendo modernizaciones; no obstante estas diferencias, la noción de Estado surge como una forma de “organización de la nación” que cuenta con el monopolio legítimo de la fuerza como instrumento de dominio, con un poder superior a la de cualquier individuo o institución dentro de su territorio y con un inherente anhelo de progreso. En el caso de Chile, el progreso que el Estado llevaría a La Frontera, se tradujo en una serie de amenazas para el pueblo mapuche generando un ambiente de tensión que fue cobrando fuerza a lo largo del siglo XX, generando un conflicto que aún no se resuelve, sino muy por el contrario, se agrava con el transcurso de los años.

La historia colonial de Chile, contiene la respuesta a muchos de los problemas y conflictos que en la actualidad se hacen visibles; por lo tanto, comprender la formación del Estado nacional chileno y la constitución de La Araucanía como región es fundamental para entender “la cuestión mapuche”. Ante esa realidad, la entrevista al Dr. Jorge Pinto Rodríguez nos permite aproximarnos a visibilizar, ampliar y profundizar en estas zonas del conocimiento histórico, territorial y sociocultural a través de una conversación en “tres tiempos”, con tres entrevistadores, tres áreas disciplinarias distintas y tres grandes temas.

Primer tiempo

MTD: Buenas tardes Dr. Pinto, soy María Teresa Douzet académica del Departamento de Sociología, Ciencia Política y Administración Pública, y participo en ODISUR de la Universidad Católica de Temuco. Voy a iniciar esta entrevista en clave conceptual. En sus trabajos usa el concepto de Estado, básicamente el marxista, entendiéndolo como un instrumento de dominación de la clase dirigente, pero también usa el concepto weberiano de Estado que domina los territorios y sus habitantes en virtud del monopolio de la violencia, de una máquina burocrática y de cuerpos legales legítimos que, en definitiva, permiten tener la expectativa de obediencia a las autoridades estatales.

Como historiador ¿qué espacio o importancia le da usted a estos conceptos sociológicos, en tanto tipos ideales o categorías a priori en la explicación del funcionamiento de las estructuras sociales? Según leí en una entrevista del año 2006, usted menciona que la labor del historiador es poder recrear el funcionamiento de las estructuras sociales, ¿cuánto le han servido estos conceptos?

JP: Buenas tardes María Teresa, muchas gracias por la invitación. Vamos a entrar de inmediato en materia.

Desde luego el tema del Estado es muy complejo. Yo diría que habría que hacer una distinción entre el proceso de construcción del Estado, el proceso de funcionamiento del Estado y las transformaciones que experimenta el Estado. Parto de la base de que el Estado es un fenómeno histórico que surge a propósito de la complejidad que adquiere la sociedad cuando definitivamente se impone el capitalismo. El capitalismo complejiza las relaciones sociales y, entonces, para poder manejar estas complejidades, quienes disponen del poder generan un instrumento, y ese instrumento es el Estado. Por lo tanto, yo partiría definiendo al Estado como un mecanismo de control; mecanismo de control que utilizan los grupos que se apropian del poder para ejercer dominación sobre el resto de la población. Ahora, como concepto de Estado, hay que tener en cuenta que el Estado implica una serie de elementos y una condición, sin la cual no puede funcionar; entonces, ahí entramos a analizar su funcionamiento. Pero desde el momento de la creación del Estado, a mi juicio, la clase dirigente que construye el Estado tiene la obligación, en primer lugar, de definir el territorio en el cual va a operar. Por eso es que, en el siglo XIX, en América Latina todos los Estados que surgen se esfuerzan por establecer límites que precisen los territorios en los cuales el Estado va a ejercer su control. En segundo lugar, se debe establecer la población sobre la cual operará el Estado. En tercer lugar, todo el aparato jurídico que debe establecer las normas que permiten el funcionamiento del Estado. Y, en cuarto lugar, el aparato burocrático militar que es, más bien, el que controla el funcionamiento del Estado. Eso es el Estado en esencia. Yo creo que el Estado que surge en el siglo XIX, surge sobre la base de estos cuatro elementos que son los constituyentes del Estado y que la clase dirigente, en el caso de Chile y de todos los países latinoamericanos tuvieron que definir o establecer. Fue un proceso bastante complejo. Demoró en algunos casos varias décadas, aunque en el caso de Chile se logró más rápido, unos 30 años. En el caso de Argentina, por ejemplo, el Estado recién se constituye a fines del siglo XIX. Bolivia y Perú tuvieron incluso más dificultades. En otros países latinoamericanos como Colombia también hubo ciertas dificultades. Pero era un proceso ineludible en el siglo XIX.

MTD: Pero, bajo esa definición Dr., ¿no habría Estado antes del capitalismo?

JP: Siempre hay mecanismos de control, pero antes estaba la monarquía.

MTD: ¿No es la monarquía un Estado?

JP: Es una forma de control distinta a la del Estado. En este último impera la racionalidad; en las monarquías predominan otros criterios, por ejemplo, la convicción que el poder viene de Dios y Dios lo traspasa al monarca. La monarquía se regula bajo ciertas normas, ciertos criterios, ciertos códigos. El Estado funciona, como decía, con cierta racionalidad. Al rey se le obedece porque es el rey, es el soberano. Existe una relación de gobernante a vasallo. Aquí la relación se establece entre el gobernante legítimamente sustentado en una racionalidad que; más bien, entre los que controlan

el Estado y los ciudadanos que eligen a quienes los van a controlar. Precocemente surge un criterio democrático que con el tiempo se fue ampliando.

MTD: En otras palabras, ¿Estado vinculado a democracia?

JP: Creo que sí, pero no necesariamente ocurrió en la génesis del Estado. El Estado en el siglo XIX estuvo lejos de ser plenamente democrático por las limitaciones que se establecieron para tener derecho a elegir a los gobernantes, consagrados incluso en las constituciones que establecían los requisitos para votar, establecidos sobre la base de códigos racionales. Eso no ocurre en las monarquías. Por ejemplo, en estas últimas, el poder es hereditario. Eso no funciona en el Estado moderno. Aquí el Estado moderno no admite esta fórmula de traspasar el poder a los hijos del presidente anterior, sin la consulta a la ciudadanía. No hay una dinastía. Hay una autoridad elegida conforme a los cánones y a los códigos que establece la propia clase dirigente del Estado.

MTD: A su juicio, ¿el concepto permite contrastar la realidad con un cierto modelo o teoría o, más bien, la realidad en su historicidad reclama un concepto propio, un concepto particular? Usted, ¿comienza con el concepto o llega al concepto?

JP: La verdad es que uno llega al concepto porque el Estado es simplemente una categoría analítica que define y regula una forma de convivencia social. El Estado no tiene una forma concreta, no hay una figura del Estado. El Estado no tiene una figura concreta. Es, como dije antes, una categoría analítica que sirve para identificar la forma de control social en las sociedades que adquieren las complejidades propias de la sociedad capitalista. Ahora ese Estado, y voy a completar un poco lo que quería decir a propósito de la primera pregunta que usted formuló María Teresa, exige una condición sin la cual el Estado no puede funcionar y esa condición obliga a los constructores del Estado a transformar la nación cultural que adquirimos tempranamente en la vida, en una nación política. En otras palabras, en el siglo XIX se tuvo que fabricar países y dotarlos de una identidad colectiva que superara la nación cultural, y eso se logró creando la identidad nacional. Los viejos vasallos del rey, se convirtieron en “chilenos”, “argentinos”, bolivianos”, etc. Las identidades nacionales lo han dicho especialistas en este tema, desde Anderson en adelante, no es más que una ficción, es una invención de la clase dirigente que, a través de esta ficción, ejerció su control sobre la población. Nos guste o no, la chilenidad es una construcción del siglo XIX que se extiende al siglo XX y al siglo XXI. La argentinidad también. Imagínese en el caso de Perú y Bolivia, lo que esto significó en un territorio que constituía una unidad conocida como Perú y Alto Perú. Ahí se tuvo que crear una identidad boliviana y una identidad peruana. Esto hizo muy difícil este proceso en ambos países. Para resumir, en el proceso de construcción del Estado hay constructores del mismo y un grupo que se denomina sociológicamente hablando, agregado social. Imponer a esta agregada social la identidad nacional es lo que le permite a quienes construyeron el Estado, imponer las normas que establecen a través de toda la normativa jurídica que regula su funcionamiento. A mi juicio, establecer con claridad los cuatro elementos que cons-

tituyen el Estado (el territorio, la población que habita ese territorio, las normativas jurídicas y el aparato burocrático-militar que impide que el Estado se disgregue) es lo podríamos llamar gobernanza. Construir la nación permite lograr gobernabilidad.

MTD: Ahora bien, la teoría marxista explica la sociedad capitalista que surge en un determinado contexto histórico y, por lo mismo, usted ha señalado que es insuficiente para comprender el pueblo mapuche en tanto sociedad tribal, con lo que estoy absolutamente de acuerdo. En la misma línea, ¿cuáles serían entonces los alcances y limitaciones del concepto del Estado capitalista para comprender la relación histórica con el pueblo mapuche, desde la ocupación en Chile? ¿Existía a mediados del siglo XIX chileno una sociedad capitalista, un Estado capitalista propiamente tal?

JP: La sociedad chilena en el siglo XIX se define como una sociedad pre capitalista, que avanzaba a formas más propias del capitalismo. El átomo que mueve a la sociedad capitalista es la mercancía. La sociedad capitalista es una sociedad productora de mercancías que se comercializan en el mercado sobre la base de valores de cambio que se expresan en precios. El motor que mueve al capitalismo es la circulación de las mercancías en el mercado; mientras más rápidamente circulan más aceleradamente se desarrolla el sistema. Por eso el consumo es vital. Marx descubrió eso en el siglo XIX y presumió que el nivel de los salarios no favorecía el consumo y por eso creyó que esta contradicción intrínseca del sistema iba a provocar su colapso, al margen de las movilizaciones sociales que iban a generar las demandas de los obreros, por una segunda contradicción del sistema: la producción era colectiva, pero la apropiación de las utilidades era individuales, particularmente los excedentes en una economía en la cual se debía producir más de lo necesario. Mientras los empresarios se enriquecían, los trabajadores se empobrecían. Entre paréntesis, Marx fue un gran admirador de la burguesía, la expresión más precoz del empresariado, porque ese grupo social encabezó la primera revolución de los tiempos modernos, aquella que abolió el sistema feudal y levantó la sociedad capitalista. De no haberse producido esa revolución, era impensable la revolución socialista que llevaría a los trabajadores al poder; de acuerdo a la concepción de Marx propia de fines del siglo XIX y observada en Inglaterra, la vanguardia de la Revolución Industrial. Personalmente considero que la lucidez de Marx para explicar el funcionamiento del capitalismo sigue siendo válida; pero, considero que no fue capaz, por las limitaciones propias de su tiempo, de considerar las fortalezas del sistema, que las tiene y sigue teniendo. El análisis político de Marx creo que hoy está puesto en duda.

La sociedad mapuche de mediados del XIX no funcionaba de esa manera. En primer lugar, se sostenía en intercambios basados en los valores de uso. En segundo lugar, no era productora de excedentes y, en tercer lugar, no tenía una estructura política propia de un Estado. Era, de acuerdo a como se la define, una sociedad tribal. En esta, el poder del jefe llega hasta donde se escucha su voz. Esto no lo comprendieron quienes decidieron invadir el territorio desde Santiago y a partir de la fuerza

del ejército, y para hacerlo construyeron una imagen estereotipada del mapuche, lo convirtieron en un bárbaro tan bárbaro que prefería ahorrarse en la naturaleza en vez de hacerlo en el banco, como lo hacía el hombre civilizado sin preocuparse del daño al medio ambiente y sin comprender el significado que tiene la tierra para el mapuche, la tierra de sus ancestros en la que descansan sus restos. Pisar la tierra mapuche, era pisar la tierra de sus muertos. En resumidas cuentas, en La Araucanía había tierras buenas, pero indios malos a los que se debía someter o simplemente exterminar en bien de la civilización.

Para terminar con su pregunta, desde el marxismo era difícil entender el funcionamiento de la sociedad mapuche, pues sirve para explicar la sociedad capitalista.

MTD: En la última parte de este primer “tiempo” de entrevista quisiera referirme a un punto de su texto De la inclusión a la exclusión que, a mi juicio es muy significativo. Desde su visión marxista plantea que Estado y nación son creación de la clase dirigente. Sin embargo, en un pie de página indica que la historia social ha hecho grandes aportes para entender que en esta construcción del Estado también hay algo que viene desde abajo, no necesariamente de “los de abajo”, sino de abajo o, diría yo, en paralelo. Ese algo refiere a redes, relaciones institucionales, personales, familiares, políticas etc. Usted cita a José María Imízcoz, historiador español que ha estudiado el patronazgo, el clientelismo en la monarquía española y en el País Vasco, a lo cual agregaría los trabajos de François-Xavier Guerra que también van en esta dirección.

Entonces y, aunque su punto de partida es la economía, quisiera llevarlo a una entrada más amplia para entender la construcción del Estado, a saber, la pregunta por el vínculo social. No solamente en términos de dominación o no exclusivamente en términos de dominación, sino el vínculo social en términos de los actores sociales involucrados en sus: espacios de interacción y convivencia (relaciones de interdependencias familiares, sociopolíticas institucionales); posiciones jerárquicas (económicas, religiosas, laborales); pertenencias (partidos políticos, sindicatos); escalas territoriales donde se reproduce el vínculo social. En otras palabras, en cuanto a la construcción del Estado, ¿cuánto “tejen” allí los actores?

JP: Ahora entramos a otro terreno, que yo también quería explicar conforme a lo primero que planteé. Una cosa es la construcción del Estado que la entiendo como la podría entender un historiador marxista formado en la década del '60 y que sigo sosteniendo en las primeras décadas del siglo XXI. Todavía considero que el Estado en su fase de construcción es un Estado de clase, que le permite a la clase dirigente, llámela usted como quiera llamarla, ejercer algún control sobre el resto de la población. Pero otra cosa algo diferente es el Estado en su fase de funcionamiento. Confieso haber conocido tardíamente la tesis de Nicos Poulantzas de la complicidad de los grupos subalternos en los procesos de construcción del Estado. Yo creo que esa complicidad existe, pero no en la etapa de construcción del Estado, sino cuando ya instalado, em-

pieza a funcionar. En ese momento el agregado social entra en relaciones con quienes manejan el Estado para obtener beneficios a cambio de sus votos o evitar estallidos sociales. El clientelismo, ciertos cacicazgos y el establecimiento de redes sociales permitirían hablar de cierta complicidad. Esta complicidad garantiza la gobernabilidad. Los partidos políticos jugaron en ese momento un rol muy importante. Fueron, de alguna manera, los intermediarios entre los que manejaban el poder y aquellos que se sometían a las normas que establecían. La partidocracia garantizó la gobernabilidad. No es una casualidad que el estallido social que se empieza a manifestar hace casi 10 años y que explota en octubre del 2019 haya estado acompañado del desprestigio de los partidos y del surgimiento de las nuevas tribus del siglo XXI. En esto sigo al analista español Ricardo Dudda cuyas ideas están expresadas en su libro *La Verdad de la Tribu*.

MTD: ¿No es posible también entender esa complicidad en la construcción del Estado o sólo la ve en su funcionamiento?

JP: Como dije anteriormente, me resisto a pensar que haya una complicidad en la fase de construcción del Estado. También le decía que leí tardíamente a Nicos Poulantzas. Recuerdo que dictaba clases hace unos 20 años en la Universidad de Santiago, en un programa de posgrado. Tuve que salir al extranjero gracias a una pasantía en España e Inglaterra. Entonces, aprovechando la presencia en Chile de la historiadora chilena – norteamericana, Florencia Mallon, le planteé la posibilidad que se reuniera con los estudiantes en algunas reuniones durante mi ausencia. Lo aceptó con mucho gusto y fue ella la que introdujo el concepto de complicidad apoyada en Poulantzas y en la experiencia de los yanaconas en el Perú y los indios amigos en Chile que se unieron a los conquistadores a cambio de algunos beneficios. Algunos estudiantes no quedaron muy convencidos y un par simplemente reaccionó considerándolo una propuesta ofensiva para los pueblos sometidos por el Estado. A mí tampoco me convenció, pero no tengo dudas que esa complicidad surge en la fase de funcionamiento del Estado. En Francia tuve la oportunidad de conocer algunos proyectos muy interesantes sobre cómo desde el poder se establecen redes políticas, sociales y económicas en las cuales intervienen activamente a través de redes muy complejas en las cuales se incrustan los sectores populares. En Chile no conozco trabajos de este tipo, pero en La Araucanía la figura de Pantaleón Sánchez es muy interesante. Fue un verdadero intermediario entre las parcialidades mapuche y los agentes del poder.

MTD: Bueno Dr., le agradezco muchísimo este “primer tiempo” que nos ha dado. Y, sin más, me gustaría decirle que ha sido un honor aprender de usted.

JP: Muchas gracias a usted, María Teresa. Lamentablemente no tuvimos tiempo de conversar acerca de las transformaciones del Estado porque en el siglo XX este Estado de control que surge en el XIX se transforma. Sufre sucesivas transformaciones hasta llegar hoy día a un Estado que está en crisis.

Segundo tiempo

JCA: Muy buenas tardes. Soy Juan Carlos Arellano, Director del Departamento de Sociología, Ciencia Política y Administración Pública, y participo en ODISUR de la Universidad Católica de Temuco. Continuaremos con el ciclo de entrevistas de la Línea Estado y Política de ODISUR con el Dr. Jorge Pinto, específicamente con el proceso de construcción y modernización del Estado.

Profesor, vamos a establecer un diálogo en base a dos ejes: una mirada más histórica, ejemplificadora que conceptual, y otra que está asociada a la mirada de la sociedad (...) y cómo esta se ha ido construyendo.

La primera pregunta, ¿cuáles han sido las estrategias que ha tenido el Estado chileno del siglo XIX en este caso, para vincularse con sus provincias y territorios? En este sentido, ¿cómo identifica usted los procesos de administración estatal de los territorios? ¿cómo el conflicto en la Araucanía ha logrado ser canalizado en casi estos dos siglos de historia? ¿hemos tenido procesos de penetración del Estado positivos que se han resuelto de buena manera? Parto de la base que cuando el Estado comienza a tomar control de sus territorios o apropiarse de ellos, es un proceso conflictivo porque lógicamente siempre hay intereses previamente establecidos, y en ese proceso el Estado siempre buscará imponer su orden.

JP: Juan Carlos, en realidad más que una relación simétrica del Estado con las regiones, el Estado en Chile se propuso someterlas en función de los intereses de quienes se hicieron cargo de este luego de la Independencia. Durante la Colonia, el país estaba constituido por varias regiones que tenían un alto grado de autonomía. Por el norte partía con lo que hoy llamamos el Norte Chico (provincias de Atacama y Coquimbo), luego deberíamos mencionar el Valle Central, cuya cabecera era Santiago; más al sur la región de Concepción y contigua a esta, la Frontera, el Wallmapu que comprendía parte del territorio que hoy forma parte de Argentina; y, finalmente, Chiloé que dependía de Lima. En los territorios australes la Corona prácticamente no intervino. El Estado chileno lo que se propuso cuando se construye en el siglo XIX fue someter a todas estas regiones a un control central que se instala en Santiago. De esto resultó el Estado centralista que tenemos hasta hoy, frenando en la mayoría de los casos el desarrollo de las regiones. El Estado ha castigado a las regiones y por eso han surgido los movimientos regionalistas que lo interpelan permanentemente. En estricto rigor, la relación del Estado con las regiones ha sido no sólo conflictiva, sino de sometimiento. Todo se resuelve en Santiago. Los recursos que se destinan a Santiago son incomparables respecto a los recursos que se destinan a las regiones. Por lo tanto, construimos un Estado macro cefálico, con regiones débiles y una enorme cabeza que está en Santiago, que lo atrapa todo.

JCA: En ese sentido Dr., ¿cuáles han sido las diferentes estrategias del Estado que usted ha observado? Esa forma de vincularse del Estado, de someter como usted lo ha

señalado derechamente, ¿se han ido transformado a lo largo el tiempo? ¿Ha desarrollado diferentes estrategias en su proceso de sometimiento?

JP: Yo diría que se ha avanzado muy poco en esa dirección. El Estado ha hecho pocos esfuerzos. Lo que ha hecho es cooptar a líderes locales o regionales, de tal modo que muchas autoridades que el Estado coloca o que surgen en las regiones, son atrapadas por quienes lo dirigen desde Santiago. A través de los estudios de Fabián Almonacid, conozco el caso de Valdivia, cuyos dirigentes empeñados en defender los intereses de la región, cuando han sido convocados por el gobierno para ocupar cargos, se olvidaron de esos intereses para enfocar su labor en función de las órdenes que emanan de la capital. Esto también ocurrió en la región de La Araucanía, incluso con algunos lonkos que adquirieron responsabilidades que los vinculó a partidos políticos, cuyos intereses no siempre coincidieron con la población mapuche. Un caso emblemático es el de Manuel Manquilef, con todo el respeto que merece uno de los dirigentes mapuche más reconocido en el siglo XX. El Estado ha sido muy hábil; más bien, la clase dirigente ha sido muy hábil en Santiago para atrapar a los líderes locales y regionales. Suele pasar incluso con los parlamentarios, los elegimos en las regiones, pero se instalan en Santiago y, de pronto, prácticamente se ponen al servicio de los intereses de un Estado centralista que invisibiliza a las regiones. Esto lo han planteado diversos historiadores que han dedicado su tiempo al estudio de las relaciones entre las regiones y el Estado. Esperamos que esto cambie. Pero, así como van las cosas, se ve difícil. Hoy día los gobernadores regionales tienen que convivir con los delegados presidenciales, que siguen conservando altas cuotas de poder. El Estado centralista se mantiene casi intacto, además de estar fuertemente instalado en la conciencia de la ciudadanía que teme la disgregación del territorio si se les concede mayor poder a las regiones. Es una situación paradójal.

JCA: En ese aspecto, ¿no ve al Estado como un motor de modernización de las regiones? ¿No ha impulsado en toda esta historia ningún proyecto que usted pueda identificar o que haya sido por lo menos fallido?

JP: Hubo intentos en la década de los '50 cuando la CORFO empieza a prestar atención al desarrollo de algunas regiones. Por ejemplo, un sector importante de las inversiones se inyectó a la región de Concepción, instalando industrias en la zona; la más conocida sea tal vez la Compañía de Acero de Pacífico con su planta en Huachipato, inaugurada en 1950 y que favoreció también a la región de Coquimbo, productora de hierro. Otras inversiones se desplazaron a Valparaíso, región que desde el siglo XIX había albergado a la CRAV, una de las industrias más importantes de la época. A mediados del XX, además de las industrias tradicionales que existían en la región (Compañía Chilena de Tabaco, Tres Montes, Ambrosoli, Carozzi, Unión Lechera Aconcagua, entre otras), se suman la refinería de Petróleo de Con Con y la Planta Refinadora de Cobre de Ventanas, cuyos efectos negativos no se tuvieron en

cuenta en aquellos años. En Atacama se instala la Planta Refinadora de Paipote, que más tarde tuvo que intervenir por el daño ecológico que provocó. Esos esfuerzos no se notaron en nuestra región. Por el contrario, en esa fase de industrialización del país, La Araucanía tuvo que poner al servicio de ese proceso su producción de madera y alimentos a bajo costo, para satisfacer las demandas de los trabajadores a precios que evitaran la inflación y favorecieran el consumo de la producción industrial. Eso lo hizo sentir la región. Por los años 1950, el periodista Oscar Arellano publicó algunas notas en las cuales se quejaba amargamente de la forma como el Estado trataba a la región. Mientras el resto del país se desarrollaba, La Araucanía decrecía debido a la “carencia de industrias, la entrega al centralismo y la captación de elementos humanos para otras zonas”. Aún más, cuando se instala el neoliberalismo con Pinochet a la cabeza, en plena dictadura, esta región a través del empresariado se quejó amargamente de la acción del Estado neoliberal, por la forma cómo se la castigaba, cuando abrió la frontera a productos importados que competían con enorme ventaja con la producción regional. “*Cómanse las vacas*”, les dijo un alto funcionario del Ministerio de Agricultura a los ganaderos de esta zona cuando se quejaron por la caída del precio de la leche debido a la importación externa. Tengo la impresión que fue el propio ministro quien envió el mensaje: “*nadie les mandó criar vacas. Si ustedes decidieron criar vacas, cómanse las vacas si no pueden vender la leche.*” En resumen, esta región ha sido muy castigada por un Estado que ha hecho muy poco por corregir el excesivo centralismo que hay en el país.

JCA: Pasando a la otra dimensión, mirar la sociedad, cómo se ha ido tejiendo en los territorios, ¿usted cree que se han logrado configurar identidades regionales locales visibles fuertes que, de alguna manera, den a las regiones la capacidad también de construir sus propios proyectos? Me acuerdo, por ejemplo, países como Colombia, en sus departamentos se perciben identidades locales potentes, fácilmente reconocibles ¿Usted cree que nuestras provincias han podido crear identidades fuertes que les permita equilibrar y diferenciar al país a lo largo de su territorio? ¿Cuáles serían los elementos que lo visibilizan?

JP: El Estado centralista no ha sido capaz de arrasar con las identidades locales y regionales; a pesar de su sometimiento, las regiones mantienen sus identidades. Interesante su pregunta porque ha sido un fenómeno paradójico. Estas regiones que han sido tan sometidas, mantienen, sin embargo, sus identidades. ¿Hay identidad más fuerte que la pampina en el norte? Hay una expresión típica en Iquique: Iquique es puerto, las demás caletas. Es una identidad pluriétnica y pluriclasista, que se refleja muy bien en la literatura. En mi tierra, en el norte chico también hay una identidad muy potente, reflejada en la poesía de Gabriela Mistral. La identidad en Valparaíso y en Punta Arenas, también lo es. Donde no hay una identidad muy definida es acá en La Araucanía. Yo creo que el Estado impidió construirla por la forma como invadió el

territorio. A fines del siglo XIX, Isidoro Errázuriz escribió un pequeño ensayo titulado Tres razas. Pensaba que aquí se iba a construir una nueva chilenidad a partir de la interrelación entre el inmigrante europeo, el colono u ocupante nacional y el pueblo mapuche, el crisol de las razas. Eso no ocurrió. No soy hombre de esta región, lo que me permite mirarla desde dentro y desde fuera. Me da la impresión de que aquí no hay claramente una identidad regional. Esta es una región donde todavía se mantienen fragmentadas las identidades; una identidad mapuche, verdaderos guetos de inmigrantes europeos y los “chilenos” que quedamos en la mitad del sándwich. Aquí no observo esa identidad que veo en el norte grande, en el norte chico, en Valparaíso, en Punta Arenas. Tal vez por eso tenemos los conflictos que aún no podemos resolver.

JCA: En este sentido, ¿cuál cree usted que son las condiciones necesarias para construir ese tejido social, que permita construir una identidad? ¿Cómo lo percibe usted a partir de su trabajo que ha sido un reconstruir ese tejido? ¿Nos puede dar luces para entender dónde están esos tejidos, esas redes?

JP: Juan Carlos, es una pregunta difícil de contestar, no tengo una fórmula precisa para avanzar en esta materia. Si la tuviera no estaría aquí en esta entrevista, estaría en Naciones Unidas seguramente, dando la receta. Lo que tengo claro es que la violencia del siglo XIX generó mucho resentimiento y una ira en ciertos sectores que se ha ido acumulando peligrosamente. El libro de Eduardo Mella y Martín Correa, *“Las razones del Illkun”* lo explica muy claramente. Un último libro del mismo Martín Correa, *“La Historia del Despojo”*, entrega más antecedentes para entender la situación. Lo que se plantea en ambos libros, sumado a lo que yo mismo he logrado percibir a través de mis investigaciones me permite afirmar que la identidad regional favorece una relación más armónica entre quienes viven en la región, entregándoles un sentido de pertenencia colectiva, que, al mismo tiempo, convive con otras identidades sin interferencias. ¿Cuántas identidades tiene uno en la vida? Son numerosas, hay una identidad de género, otra profesional, religiosa, territorial, familiar y una identidad nacional, por mencionar algunas. Todas conviven en cualquiera de nosotros sin problemas. El asunto es que en La Araucanía ha sido muy difícil construir una identidad territorial (podríamos llamarla regional), que conviva con otras identidades asociadas a la diversidad que existe en este territorio. La violencia, la forma como el Estado trató al pueblo mapuche, el racismo exacerbado que provocó, la forma como los chilenos y los descendientes de los inmigrantes europeos se sienten tratados, con razón o sin razón, produce divisiones que no hemos podido superar. Esto también se traduce en desconfianzas. Si generamos confianza estaríamos dando un paso muy importante para dialogar con respeto. Yo espero que a través de las gestiones que está haciendo el grupo de rectores de las universidades regionales con el Centro Nansen avance en esta dirección. Es uno de los propósitos del instituto Ta Ñ Pewam que dirijo en la UCT acompañado de Isolde Reuque y Carmen Gloria Garbarini. Cómo

encontrar una estrategia es difícil, sobre todo porque hay mucha resistencia entre quienes siguen viéndose como enemigos, con intereses absolutamente antagónicos. Eso dificulta y muchas veces impide el diálogo. En algunas ocasiones me ha resultado muy difícil conversar con algunos empresarios, para ellos dialogar con los grupos mapuche más radicalizados es inaceptable. Con terroristas no conversamos, ese es su argumento. Obviamente tienen motivos para mantenerse en esa postura, aunque a mi juicio deberíamos superarla para “convencernos” que es el mejor camino. Convencer no significa imponer al otro nuestros puntos de vista, significa ganar juntos y ganar juntos implica superar los conflictos que tenemos en la región para vivir en paz. En el Wallmapu se ha producido una situación que requiere de una serie de análisis que se deben hacer con la participación de todos los que vivimos o trabajamos en la región, con respeto, tal como lo recomienda el Centro Nansen.

JCA: Bueno profesor, para dar cierre a esta segunda entrevista, le agradezco enormemente sus palabras. Obviamente nos nutre, nos hace mirar las cosas de una manera distinta, desde otros ángulos. Muy agradecido que nos haya dado estos minutos.

JP: Gracias a ti, Juan Carlos.

Tercer tiempo

LV: Muy buenas tardes a todos y a todas. Soy Luis Vivero Arriagada, trabajador social y académico del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Católica de Temuco, integrante de Línea Estado y Política del Observatorio Dinámicas del Sur de esta misma universidad. Continuando con los ciclos de conversación que hemos venido desarrollando con el profesor Dr. Jorge Pinto Rodríguez, en esta oportunidad abordaremos algunos de los desafíos actuales del Estado en la región de la Araucanía en el contexto del proceso constituyente.

Profesor Jorge Pinto, muy buenas tardes. Un gusto para mí encontrarme en un espacio como éste. Vamos a conversar un poco en base a algunas preguntas que yo le voy a formular. Lo primero, es conocer ¿Cuáles, a su juicio, han sido los hechos tal vez más significativos en cuanto a la consolidación del Estado, la modernización del Estado, en lo que ha sido el siglo XIX y XX? y ¿Cómo eso ha tenido repercusiones, o expresiones más claras y concretas en el Wallmapu?

JP: Buenas tardes Luis, para mí ha sido un placer reencontrarme contigo en la Universidad Católica de Temuco, después de algunos años. Nos conocimos en la Universidad de la Frontera cuando estabas en el programa de Maestría en Ciencia Sociales Aplicadas, al cual yo también estaba integrado.

Cuáles han sido quizás los mecanismos, los hitos más importantes que el Estado ha utilizado para instalarse aquí en la región, si a eso apunta tu pregunta. Yo diría que el Estado utilizó diversos mecanismos. Primero, la fundación de ciudades. Las ciudades fueron para el Estado bisagras que lo conectaron con las áreas rurales y con

las autoridades de Santiago y los mercados nacionales e internacionales. No hay que olvidar que en las ciudades se instalaron los principales representantes del Estado, las grandes empresas nacionales e internacionales que reunían la producción regional y la exportaban al resto del país y mercados más lejanos. Fue un mecanismo muy eficiente, porque alojaron, además a las estaciones de ferrocarriles, convertidas en verdaderos vasos comunicantes de la región. La más beneficiada fue Temuco, convertida con el tiempo en la capital regional, desplazando a Angol y Traiguén. Las ciudades fueron las primeras en mostrar señales de modernización, en una zona que avanzó poco en este sentido. El segundo mecanismo importante lo constituyó la instalación de los registros civiles, vital para avanzar en el proceso de “chilenización” de la población de una región tardíamente incorporada al territorio nacional. La educación sería el tercer mecanismo importante. A través de la educación, sin duda, se profundizó la “chilenización” de la población. Por último, el más delicado de todos, fue el de la instalación de las comunidades en los antiguos territorios mapuche mediante el proceso de radicación. Fue un mecanismo muy doloroso para el pueblo mapuche, quedaron reducidos en áreas pobres, sin recursos, que los obligó a campesinizarse, en condiciones muy precarias, como mano de obra barata en las haciendas y estancias que se instalan en la Araucanía. Todos estos mecanismos contribuyeron a la incorporación forzada no sólo de la población mapuche, sino también de los ocupantes nacionales e inmigrantes europeos que no tuvieron la suerte de quienes amasaron fortunas gracias a los apoyos que recibieron del Estado, su propio tesón y la capacidad para aprovechar las oportunidades que les ofreció este territorio. La pobreza de muchos los obligó a emigrar, retornando algunos a sus lugares de procedencia, mientras se iniciaba la diáspora mapuche que los dispersó por Concepción, Santiago y Valparaíso. Peñi y lagmien tuvieron que adecuarse a nuevas condiciones de vida, postergados laboralmente y, en la mayoría de los casos, fuertemente discriminados. Es una historia dolorosa que pocas veces recordamos en Chile. Más adelante ya en el siglo XX, el Estado se fortalece en la región a través de los partidos y movimientos políticos que se incrustaron. El Partido Demócrata, el Liberal, el Comunista permearon. Quizás la acción de MIR en los años 60 podría simbolizar sus efectos en la zona, particularmente sobre la dirigencia mapuche. En este caso, se trataba de transformar al mapuche en un aliado del campesinado para que unido al proletariado encabezaran la revolución, sin considerar que el pueblo mapuche tenía sus propias demandas. Hay un hecho que siempre recuerdo como muy particular. El 22 de octubre Moisés Huentelaf, un joven de 24 años, militante del MIR fue asesinado durante la toma del fundo Chesque, cercano a Temuco. Conocidos los hechos, la dirigencia del MIR celebró un acto para despedir al heroico combatiente que murió luchando por las transformaciones sociales en Chile. Simultáneamente, los profesionales y estudiantes mapuche de Santiago, sin evocar a este campesino involucrado con los cambios sociales que anhelaba el proletariado, lo

recordaron como un joven mapuche que luchaba por la causa mapuche, invocando a Lautaro y a los grandes guerreros de su pueblo.

LV: Sí, y sobre lo mismo, a propósito de otros aspectos que usted también ha venido desarrollando, precisamente con lo que han sido los procesos constituyentes o las constituciones que ha tenido Chile, también da cuenta de cómo se entiende al pueblo mapuche, cómo se le ha incorporado en las constituciones. ¿Hay alguna constitución de las que ha tenido Chile, en donde el pueblo mapuche haya tenido algún tipo de forma de reconocimiento, distinta a como lo vemos hoy día con la constitución del '80, por ejemplo?.

JP: Ninguna. El pueblo mapuche está absolutamente invisibilizado en las constituciones, salvo en algunos debates en las convenciones que prepararon las constituciones. Pero en las constituciones aquello no quedó establecido. Por lo tanto, esperamos que la nueva constitución establezca relaciones distintas. Me alegra mucho que Elisa Loncón, que es de esta tierra, esté hoy día presidiendo la Convención Constituyente. Para mí sería muy importante que en el nuevo texto constitucional todos los pueblos ancestrales sean reconocidos por el Estado. Sería un cambio muy importante.

LV: Justamente a eso me quería referir, y usted lo aclara con mucha claridad, en cuanto a que no hay reconocimiento en ninguna constitución. Entonces estamos frente a un escenario bastante interesante, estamos viviendo un hito histórico. Como también usted señala, el hecho de que la presidenta de la Convención constituyente sea una mujer mapuche además tiene un significado importante. ¿Cómo cree usted que debería, entonces, en esta nueva constitución aparecer este reconocimiento? ¿Qué elementos debería tener?

JP: Quiero enviar mis saludos cordiales a Elisa porque ha sido una gran colaboradora nuestra. He tenido la oportunidad de trabajar con ella en algunas tareas y siempre ha estado dispuesta a trabajar con nosotros, incluso iba a ser parte del instituto que dirijo, formando del Consejo Asesor Intercultural, tarea de la que tuvo que desistir por la nueva responsabilidad que asumió.

Qué sería lo primero que debería aparecer en la constitución. Desde mi punto de vista, en primer lugar, el reconocimiento como pueblo-nación; porque eso es, un pueblo-nación, con identidad propia, prácticas culturales, económicas y de relaciones sociales que han conservado a pesar de todas las invasiones que han sufrido. Al mismo tiempo, que este reconocimiento vaya acompañado con la transformación del Estado en un Estado plurinacional, convencido que la plurinacionalidad no lo debilita, al contrario, lo fortalece reconociendo y valorando la diversidad. En segundo lugar, algo que es muy importante y válido para todas las regiones, que el Pueblo Mapuche tenga la posibilidad de tener un control territorial para negociar, de acuerdo a las normativas del Estado, con las empresas que se instalan en su territorio, con el fin de terminar con el extractivismo económico que enriquece a quienes extraen las riquezas del territorio, empobrece a sus pobladores y deterioran el medio ambiente. Nosotros,


los chilenos, “explotamos” los recursos naturales, los pulverizamos. El pueblo mapuche resguarda esos recursos. Debemos aprender a aprovechar, en el mejor sentido de la palabra, lo que la tierra nos proporciona, sin castigar el suelo, el agua, sin castigar la flora y el bosque en un territorio que tiene enormes potencialidades. El control territorial debería ir acompañado de grados de autonomía para llegar a acuerdos con las empresas internacionales que practican la economía extractivista que mencionaba antes. En esto quiero ser muy claro, yo no me declaro en guerra con las empresas que operan en La Araucanía, creo que hay que valorar el aporte que hacen, pero ese aporte debe regularse de manera diferente, logrando acuerdos con los antiguos pobladores de la región. De lo que se trata es de negociar en condiciones distintas. Si se instalan las empresas bajo ciertas condiciones que establezcan las comunidades relacionadas con el resguardo del patrimonio natural, pienso que resolveríamos buena parte de los conflictos que tenemos. Sin duda, también contribuiría a erradicar la pobreza. Entonces, yo diría tres cosas: reconocimiento del Pueblo Mapuche como tal, control territorial y autonomía. Esas son las cosas que, a mi juicio, harían justicia aquí en la zona. Y si eso se logra sin atropellar a nadie, lograríamos una convivencia más armónica, tan necesaria en estos días. No se trata de imponer sino de conversar, dialogar y ver de qué manera podemos alcanzar esas metas. Sin avasallar a nadie. Reconociendo también que todos tenemos derechos y deberes que deberíamos establecer a través del diálogo.


LV: La constitución tal vez podría entonces establecer ciertos mecanismos jurídicos, algunas definiciones jurídicas. Pero, ¿están las condiciones subjetivas para que eso pudiese implementarse? O, en otros términos, para esto se requiere una reforma también cultural y moral. Para que aquellos elementos que pudiesen aparecer en la constitución, puedan luego materializarse en lo cotidiano, en las relaciones entre este pueblo chileno y este pueblo nación mapuche.


JP: Buena pregunta. Para que los cambios puedan producirse tienen que existir condiciones objetivas y subjetivas. Las condiciones objetivas son aquellas que hacen intolerable la situación vigente. Y las condiciones subjetivas son aquellas condiciones relacionadas con el escenario en el cual se dan las condiciones objetivas. Las condiciones objetivas están porque, en realidad, ya nuestra región no resiste la violencia e inseguridad que vivimos a diario. Las movilizaciones mapuches, camioneros y empresarios del agro, acompañado de un clima político enrarecido, en el cual todo lo que hace quien no está de acuerdo con lo que esperamos, es descrito con los peores epítetos. Sin duda, todos y todas esperamos que esto cambie. Las condiciones subjetivas se han logrado medianamente. Por qué digo medianamente, porque hoy día estamos en un país con mayor sensibilidad. Hoy día hay un país más dispuesto a entender que es necesario cambiar la relación del Estado con el pueblo mapuche. Y en esto, yo creo que la educación ha contribuido en parte importante porque en las universidades se están formando profesores que hoy día conocen una historia que

antes no se enseñaba. Yo creo que, modestia aparte, hay que reconocer lo que hemos hecho nosotros aquí en las universidades regionales, sobre todo, en la Universidad Católica de Temuco y en la Universidad de la Frontera. Aquí hemos formado a la mayor parte de la generación de una nueva corriente de historiadores e intelectuales mapuche. Salvo unos pocos, casi todos han pasado por nuestras universidades. Y esos han reproducido, de alguna manera, lo que han aprendido aquí y lo que han conocido aquí, a través de una educación que hoy día ha transformado este tema en un tema que llega más intensamente a un sector más amplio de la población. En ese sentido, las condiciones subjetivas permiten presumir que se ha logrado la sensibilidad a que aludía hace un momento. Pero yo digo medianamente porque hay grupos muy radicalizados que se niegan a aceptar esto, que creen que el mapuche desapareció, que no existe, que el mapuche es flojo, holgazán, es decir, que tiene todas las características de esos estereotipos discriminadores que todavía predominan en Chile. Eso debemos superarlo, pero no basta, del mismo modo debemos iniciar un proceso que termine con la diabolización del empresariado.

Sobre los autores

JUAN CARLOS ARELLANO es Doctor en Historia y Magíster en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico del Departamento de Sociología, Ciencia Política y Administración Pública de la Universidad Católica de Temuco, Chile. Sus ámbitos de interés son las Ideas y cambio institucional, Procesos políticos en América Latina, Historia de las ideas. Correo Electrónico: jarellano@uct.cl  <https://orcid.org/0000-0001-5154-134X>

MARÍA TERESA DOUZET es Licenciada en Sociología. Académica del Departamento de Sociología, Ciencia Política y Administración pública de la Universidad Católica de Temuco, Chile. Sus ámbitos de interés son la Historia política de Chile, Élités y Sociología de la cultura. Correo Electrónico: mdouzet@uct.cl  <https://orcid.org/0000-0002-5802-2849>

LUIS VIVERO ARRIAGADA es Asistente social, Licenciado en Trabajo Social, por la Universidad de la Frontera y Doctor en Proceso Sociales y Políticos en América Latina por la Universidad ARCIS. Académico del departamento de Trabajo Social de la Universidad Católica de Temuco, Chile. Sus ámbitos de interés son Los fundamentos histórico político del desarrollo del Trabajo Social en Chile y América Latina, Movimientos sociales y luchas de las clases sociales; Aportes del pensamiento de Antonio Gramsci; Pensamiento crítico latinoamericano. Correo Electrónico: lvivero@uct.cl  <https://orcid.org/0000-0002-6459-1386>

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADORA EDITORIAL

Claudia Campos Letelier

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Alejandra Zegpi Pons

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Creative Commons Atribución Compartir Igual 4.0 Internacional